

mo una sombra triste que oscurece sus días de gloria y felicidad. Así sucedió á Van Dick. Durante todo el resto de su vida se acordó con indignación y enojo de las injurias y orgullosa ignorancia de los canónigos.

Disgustado con los religiosos agustinos de Amberes, con quienes tuvo algunas dificultades para el pago de sus obras, y con la crítica y envidia de todos sus discípulos á quienes habia escedido en talento de ejecución y de invención, dejó su patria y se marchó á Holanda y de allí á Inglaterra, donde hizo algunos retratos, sin poder cimentar, ni su reputación artística ni su fortuna.

Casi despechado, sin esperanza ya de ser hombre notable en el mundo, aunque con la convicción íntima de que entendia el arte, regresó á su país, donde pasó algun tiempo aislado, pintando retratos que le encargaban algunos personajes extranjeros.

Algunos de estos retratos fueron llevados á Inglaterra, donde los juzgaron como obras maestras y admirables del arte, arrepintiéndose los ingleses de la poca atención que antes habian prestado á tan eminente maestro.

Desde este momento la posición y la fortuna de Van Dick cambiaron completamente. Volvió á Inglaterra acompañado de su amigo el caballero Digby y fué recibido con la mayor benevolencia por el rey.

Van Dick tendría en esta época treinta y cinco años. Era de estatura mediana, pero bien proporcionada contestura y de modales corteses en exceso. Su fisonomía era agradable y simpática, ojos mas bien pequeños que grandes; pero expresivos sin malicia, y dulces sin afectación, nariz española y boca pequeña, sombreada con un bigote retorcido y una perilla espesa en la barba, según la moda flamenca de aquel tiempo. Van Dick en su fisonomía, en su vestido, en sus maneras, era como su maestro Rubens, un caballero completo.

Con estas dotes añadidas á su talento ya conocido y celebrado en Inglaterra, las puertas de los castillos y de los palacios de la nobleza se abrieron para el artista, y las mugeres mas bellas y mas célebres de la época venian á colocarse delante del artista, para que reprodujese en la tela la suave encarnación de sus mejillas, la dulce expresión de los azules ojos del norte, sus grandes y profusos rizos de cabello blondo y las proporciones admirables de sus blancos y turgentes pechos. Así, el que visite hoy los castillos feudales y las casas de campo de los Lords de Inglaterra, encontrará á cada momento esos admirables cuadros de cuyo fondo oscuro se desprende la figura fina, blanca y animada de alguna belleza reducida años hace al polvo y al olvido, y sepultada en la capilla oscura de alguna catedral gótica ó en el cementerio humilde y pequeño de una aldea.



Cárlos I, que era hombre de profundas afecciones con su familia y con sus amigos, recibió como hemos dicho, con mucha benevolencia á Van Dick, pero despues de algún tiempo esta benevolencia se convirtió en una afectuosa y sincera amistad. Cuando el monarca estaba poseído de la tristeza profunda y solemne que le producía el mal estado de los negocios de su reino, y quizá el vago presentimiento de su trágico fin, mandaba llamar al artista á su palacio y pasaba largas horas con él platicando de las artes, de los usos y de las costumbres de algunos pueblos del continente.

Un día en que Cárlos I se quejaba en voz baja con el duque de Norfolk del estado de pobreza de su real tesorería, observó que Van Dick que se hallaba presente habia escuchado la conversacion. Volviéndose hácia él con la mayor franqueza y familiaridad le dijo:

—Parece, caballero, que habeis escuchado lo que yó estaba diciendo al duque en este momento.

Van Dick se sonrojó ligeramente y queria responder; pero el rey continuó:

—No lo digo por mortificaros, caballero, sino solamente por saber si alguna ocasion habeis experimentado la falta que hacen cinco ó seis mil guineas.

Van Dick ya tranquilo respondió inmediatamente:

—Señor, mi mesa está siempre puesta y servida para todos mis amigos y mi bolsa siempre abierta

para todos mis amores. Vuestra magestad debe pensar que, esto supuesto, mi caja está siempre vacía y con una necesidad permanente de cinco ó de seis mil guineas.

Van Dick en esos dias habia concluido el magnífico retrato del rey Cárlos I á caballo, que se conserva todavía en el palacio de Kessington, y el monarca acordándose de esta circunstancia remitió al dia siguiente al artista un regalo valioso enviándole á decir que sus cofres no estarían vacíos por dos ó tres dias, y que si su amigo el monarca de Inglaterra fuese mas rico, los cofres del amable Van Dick nunca estarían desocupados.

Como Van Dick pintaba en un solo dia un retrato, y como estos retratos eran generalmente de la rica nobleza, en un momento reunió un caudal considerable, y entonces sin dejar de trabajar estableció su casa con un esplendor extraordinario.

Tenia cosa de treinta criados, seis ú ocho carruages y diez ó doce tiros de los mas hermosos y finos caballos de Inglaterra. Desde la hora del almuerzo hasta la hora del té, la mesa estaba cubierta de manjares, y todos sus amigos, que eran innumerables, como se debe suponer, ocurrían á comer y tenían facultad de pedir todo lo que les agradaba. Van Dick no sabia, ni preguntaba jamas cuánto se gastaba, y solo cuidaba de llenar el cofre de dinero cuando el mayordomo le avisaba que estaba vacío.



Pero todo este lujo y este enorme gasto hubiera podido sostenerlo si no hubiese sido por la avaricia de algunos charlatanes que se propusieron arruinarlo.

Durante muchos años han tenido hombres no vulgares, la creencia de que se podía fabricar el oro lo mismo que cualquiera otro artefacto.

Uno de estos hombres de buena ó de mala fé se dirigió á Van Dick y le aseguró que habia descubierto un método seguro por el cual se podía fabricar oro en grande abundancia con un costo insignificante; y que para esto era menester construir un laboratorio provisto de todos los útiles é instrumentos necesarios.

Van Dick no solo creyó al alquimista, sino que preocupado como muchos de los hombres de su época, él mismo quiso ser alquimista y comenzó por construir á costa de mucho dinero, un gran laboratorio donde trabajar.

Así que se concluyó el laboratorio, Van Dick se encerró allí, abandonó completamente los pinceles y se dedicó á fundir metales, á combinar diversas sustancias y á hacer todos los experimentos posibles para lograr por resultado la fabricacion del oro.

El duque de Buckingham, sucesor del que fué asesinado por Felton, que era uno de los amigos mas sinceros que tenia el pintor, sabiendo la em-

presa en que estaba empeñado fué al laboratorio, lo riñó amistosamente y lo persuadió á que abandonase semejantes estudios, prometiéndole que le proporcionaria un modo de distraerse que encaminase sus pensamientos y sus ideas de otra manera. El medio que imaginó el duque fue de casar á Van Dick, como en efecto lo hizo, con María Ruthven, hija de un noble escocés y una de las mugeres mas hermosas y mas amables del reino.

Van Dick efectivamente abandonó la química; pero cuando salió del laboratorio estaba pálido, viejo y consumido por el humo del carbon y por las emanaciones mefíticas, y todo el oro que habia ganado con sus pinceles lo habia visto desaparecer en los crisoles y en las capellinas de su oficina.

Pocos años sobrevivió Van Dick.

Las experiencias de la alquimia le produjeron una afeccion de pecho que se le fué aumentando poco á poco hasta el grado de declararse mortal la enfermedad.

Cuando Carlos I supo el estado en que se hallaba su amigo, mandó llamar á su médico de cámara y muy alarmado le dijo:

—Corre, Doctor, á la casa del caballero Van Dick y apura todos los recursos de tu ciencia para salvarlo. Trescientas guineas de recompensa te daré si me traes una buena noticia.

Al dia siguiente volvió el médico á anunciar al rey que Van Dick no tenia remedio; y en efecto, á



pocos dias murió sin haber cumplido cuarenta y dos años de edad.

En el mismo año de 1641 en que esto pasaba, fué decapitado en Lóndres Lord Strafford, ministro de Carlos I, y murió el gran duque de Sully. El año siguiente de 1642 murió Galileo y Guido Reny.

En dos años la política, las artes y la ciencia perdieron á cinco de sus hijos mas ilustres.

Los principales cuadros pintados por Antonio Van Dick son: "La elevacion de la cruz." "El Calvario." "San Martin, dando la mitad de su capa á los pobres." "La Virgen de la Soledad, con el Salvador muerto en sus brazos." "San Antonio de Padua en oracion, y San Francisco." Estos cuadros se hallan en las iglesias de Bélgica.

En Inglaterra pintó, como hemos dicho, muchos retratos y cuadros; pero los mas notables son los retratos de "Carlos I, de Lord Strafford, del príncipe Ruperto, de Lord Falkland, del duque de Newcastle, de William Laud, arzobispo de Cantorbury, San Ambrosio y el emperador Teodosio. Retrato de Henriqueta María, de Anastasia Venetia, de la duquesa de Richmond, de la princesa Beatriz de Brabante, de Lucy Percy, condesa de Carlisle, y de Ana Clifford, condesa de Dorset."

Todos estos cuadros se hallan en los museos y palacios de Lóndres. Hay ademas otra multitud del mismo autor que no mencionamos y se encuen-

tran en los castillos y casas de campo de diversas provincias de Inglaterra.

En Francia ecsisten: "Un San Sebastian, el retrato de María de Médicis, una Virgen y un San Francisco de Paula. Un Descendimiento de la cruz, una copia de la Anunciacion, del Ticiano; una Virgen con la Magdalena, otra Virgen con el Niño Jesus, y una Venus forjando las armas para Eneas." Hay ademas en los museos y galerías de varios particulares algunos retratos y cuadros de mucho mérito.

En la academia de bellas artes de México, segun hago memoria, hay un retrato de Rubens de medio cuerpo. Ignoro la procedencia de ese cuadro; pero despues de haber ecsaminado el estilo de Van Dick, puedo asegurar sin temor de equivocacion, que es un original suyo. Entre los cuadros de la galería del conde de la Cortina, que hoy pertenece á D. Manuel Escandon, hay, segun recuerdo, dos ó tres originales del célebre amigo de Carlos I.